

## La filoxera en La Rioja: mito y realidad

Aunque la historia es un florero decorativo en nuestra región, es frecuente que al hablar del vino de Rioja salga a relucir la filoxera, un hecho histórico que ocurrió hace ya un siglo y que tuvo, en efecto –y por eso se recuerda–, importantes consecuencias económicas, políticas y sociales. Pero ocurre que la labor divulgadora sobre el asunto, generalmente realizada en torno a la cultura del vino, se ha centrado casi exclusivamente en describir las consecuencias sólo regionales y directamente relacionadas con los viticultores, haciendo de éstos nada menos que unos trabajadores especializados –viticultores a secas– en 1900, y generalizando las consecuencias en el sector a toda la población agraria de La Rioja. Por eso, es normal que todo lo relacionado con la filoxera se dramatice y se exagere –como era exagerada la superficie del viñedo riojano entonces, unas 65.000 hectáreas, bastante más que hoy– y que escaseen las reflexiones sobre las salidas de la crisis y sobre su impacto diferencial en los pueblos y ciudades de La Rioja, como escasean los buenos libros de historia en una región que sigue gastando dinero en publicar facsímiles de obras irrelevantes.

La tragedia adquiere tintes dramáticos al ser mostrada aislada, sin relacionar la invasión filoxérica con la crisis agropecuaria general, las consecuencias *ciegas* con los medios y las posibilidades de resistencia, los amortiguadores sociales e institucionales y las decisiones campesinas con la nueva estructura agraria resultante de la presunta "catástrofe universal", que, digámoslo ya, ni fue catástrofe en muchas zonas ni tuvo sólo efectos negativos. De entrada, enseñó mucho a los labradores riojanos, que no volvieron a permitir la separación drástica entre uva y vino, viña y bodega, a lo que prácticamente habían llegado antes de la filoxera en las comarcas más productoras. Tampoco pondrían, en adelante, todos los huevos en la misma cesta (en realidad, muy pocos lo habían hecho en 1900).

Porque salvo donde la solución era vino o nada, y esto se producía en muy pocos pueblos de la Rioja Alta y Alavesa, la ruina del viñedo permitió el crecimiento espectacular de otras ocupaciones agroindustriales como las conservas, mientras aceleraba una diversificación agraria que encontró pronto productos de alto valor añadido, la remolacha azucarera por ejemplo. A la comarca jarrera le costó vencer el monopolio bodeguero industrial montado desde los años ochenta –de ahí la gran conflictividad social de los años posteriores a la filoxera en la comarca–, pero en el resto de La Rioja los efectos de la crisis se atenuaron muy pronto. En la Rioja Baja, Alfaro y Calahorra en especial, incluso se puede considerar que la crisis benefició una orientación cargada de futuro: en Calahorra, por ejemplo, había en 1915 treinta y tres fábricas de conservas, sobre todo de pimiento, tomate y melocotón. Una población de unos 10.000 habitantes disponía de más de 1.700 empleos directos en las conserveras.

No es de extrañar que las graves consecuencias demográficas –la gran oleada de emigrantes riojanos– que suelen acompañar la tragedia, no se noten ni en las anteriores ciudades, ni en Arnedo –donde despegaba la industria del calzado–, ni en Cervera, pero ni siquiera en Logroño capital, que lejos de perder población, crece. La

miseria de las clases trabajadoras que se había visto en la ciudad veinte años antes de la filoxera fue amortiguada durante los años más críticos por la Tabacalera, el desarrollo de industrias conserveras y la pequeña industria complementaria; además, la ciudad provinciana capitalina se había llenado de funcionarios –militares, docentes, ferroviarios, juristas y administrativos de los órganos del Estado– y era ya un reclamo del servicio doméstico y un mercado local susceptible de absorber la variada oferta agroalimentaria comarcal.

Logroño no había sufrido el auge vinícola de Haro; al contrario, la capital había quedado tan atrás en el mundo del vino que ni siquiera pudo evitar que la Estación Enológica, creada en 1892, se instalara en Haro. Pero desde 1890 tenía a pleno funcionamiento una fábrica de tabacos –el gran logro político de Amós Salvador y Práxedes Mateo Sagasta–, que en los años más crudos de la filoxera daba empleo a unas cuatrocientas personas, en buena parte mujeres. Fuertemente industrializada – sólo la máquina “Barón” producía 200.000 cigarrillos–, los empleados de Tabacalera suponían el 16% del empleo industrial de la capital en 1915.

La capacidad de inducir industrias complementarias y la diversificación del sector agrario volcado hacia la producción intensiva transformaron definitivamente la orientación de la ciudad y de una parte de la región, especialmente su comarca y la Rioja Baja próxima al Ebro. No hacía falta ser un lince para darse cuenta de por dónde debía ir el futuro: si en 1900 el viñedo aportaba hasta casi la mitad del valor total de la producción agraria riojana, después de la crisis los cultivos intensivos empezaron a reducir año a año ese porcentaje, que no se ha vuelto a alcanzar. Durante el primer tercio del siglo XX el viñedo riojano perdería casi la tercera parte de la extensión máxima lograda en la última década del XIX, mientras los cultivos intensivos duplicaban su presencia en el campo, concentrándose más en los mejores terrenos de regadío, donde lograban rentabilidades espectaculares. Como han demostrado Domingo Gallego y José Ramón Moreno Fernández, entre 1900 y 1910 todavía no había aumentado su importancia superficial, pero su rentabilidad había crecido en un 60%. La viña volvió a ser un complemento de renta y, en muchas comarcas, retornó a las laderas pedregosas y abandonó el regadío donde otros productos se mostraban más remuneradores y más seguros.

Pero también se transformó el complejo vinícola industrial. La evolución de las bodegas históricas más renovadoras mostró que los problemas se habían acumulado para los cosecheros que exportaban vinos de pasto, pero que los buenos vinos, sometidos al proceso de crianza, no habían encontrado obstáculos en su desarrollo y en su rentabilidad. Al contrario, pocos años después de la filoxera, en cuanto llegaron las primeras cosechas de las nuevas plantaciones, las mejores bodegas históricas volvían a generar grandes beneficios. En parte, esa orientación hacia la calidad del Rioja, que no ha cesado desde entonces, es también una respuesta anticrisis.

En definitiva, cuando la filoxera era ya un recuerdo, en los años veinte, se había logrado una estructura agraria muy dinámica que impulsaba una industrialización de aplicación a los productos de la tierra y permitía capitalizar las explotaciones agrarias y dinamizar el medio rural. Las soluciones modernizadoras vinieron de la mano de

empresas locales, como la mítica Marrodán –que está pidiendo una tesis con urgencia–, y de una red de minúsculas centrales eléctricas instaladas en los cauces de los ríos. De todo ello quedó un sistema agrario riojano ligado al «complejo conservero y vitivinícola», es decir, una agricultura intensiva de alto valor añadido que recurría con energía al regadío y al uso de abonos inorgánicos. En los años treinta, el abono importado en la Rioja suponía tres veces más que la media española.

En conclusión, como le gustaba decir a Julio Caro Baroja, *ni Pedro fue tan cruel, ni Rodrigo tan miserable*. Hubo crisis, ya lo creo, pero, como ha puesto de relieve el profesor José Ramón Moreno Fernández en un reciente congreso de historia económica en Palma de Mallorca, la labor del historiador no consiste en seleccionar los datos más dramáticos pensando que así sabe más sobre la crisis, sino en ponerlos en relación con los que nos permiten saber más sobre las posibilidades que se abrieron para superarla. Si conociéramos mejor el desarrollo histórico de la industria riojana –conservas, metal, calzado, harineras, azucareras, etc.–, seguramente comprenderíamos mejor las consecuencias de la filoxera. Pues una crisis es finalmente un reto, y en el caso de la ruina del viñedo, el reto produjo el impulso necesario para cambiar una orientación monopolista que, en el fondo, había empezado a fallar diez años antes de la llegada del célebre bichito, cuando Francia había recuperado su producción de vinos y el de La Rioja ya no le hacía falta. El historiador no puede especular con otros futuros, pero el lector puede reflexionar sobre el abismo al que se aproximaba La Rioja cuando la causa que produjo la duplicación de sus viñedos en los últimos veinte años del XIX, la ruina del viñedo francés –y del de las regiones españolas a las que la filoxera llegó mucho antes que a La Rioja–, había desaparecido. ¿Qué iban a hacer los riojanos en 1905 o en 1910 con tanto vino o más que el que produjo la Denominación el año pasado?

Valgan estas reflexiones al menos para que los riojanos sigan hablando de la filoxera y del histórico vino de su tierra, lo que realmente es muy agradable, pero, sobre todo, para animar a jóvenes aprendices de historiador a que trabajen sobre esta época fascinante de comienzos del tortuoso siglo que se fue. De ellos –y de la universidad, que debe cobijarles– depende que la historia no siga siendo un florero en esta región que destruye los restos de su pasado como si le estorbara todo lo que impide especular con el metro cuadrado construible. Las alcoholeras fueron también un remedio anticrisis, pero como ya no queda ni la de Haro, mejor hablamos del Euro.